



SEÑORES:

SIGUIENDO los impulsos de una irresistible y misteriosa influencia, nos hemos dado una nueva cita para este lugar, en donde cada uno de nosotros ha cavado, ó cavará á su vez, la fosa de un episodio de su vida.

Un mismo sentimiento ha vibrado en nuestro corazon; una misma idea ha rebullido en nuestro cerebro; un mismo presentimiento ha sacudido nuestra alma.

Y ese presentimiento, y esa idea, nos arrastran ante la presencia de un cadáver, de donde emana, atravesando las terribles ondulaciones del sudario, algo como el resplandor glorioso de la inmortalidad; algo como la melodía inconcebible del sueño; algo como un cielo en donde toman forma todas las grandes creaciones de nuestra imaginacion y de nuestras esperanzas.

Nos agrupamos en torno á la mansion solitaria de un despojo para depositar las ofrendas de nuestro corazon, y sentimos á pesar nuestro la mortal amargura de esa soledad.

¡Ay! Esto era ayer, solo un presagio, que penetraba en nuestro interior con la suavidad del postrer rayo de calor de un hogar que se apaga, que llegaba á nosotros con la dulzura de un murmurio fantástico, que es como un suspiro de las últimas armonías de la vida, ó como un vagido de las primeras armonías de la muerte.

Ayer, suspensa el alma y en ese doloroso recogimiento que tanto inclina á la meditacion, tendiamos la vista sobre las páginas que constituyen la historia de JIMENEZ, y miétras que por un lado se borraban las formas vacilantes del moribundo, por el otro se hacia la brillante aparicion del sabio.

Mirádle: es jóven; la vigorosa actividad de su vida le hace fuerte en la lucha que emprende contra las tinieblas de la naturaleza. ¡Quién sabe, de sus mejores años cuánta dicha sepultaria en la cima de su inalterable voluntad!

Ella ordena; él obedece; ella le indica un camino; él lo recorre con toda la seguridad del que tiene fé en sí mismo. Y apénas iniciado en esa ciencia, que tanto elevara, comienza la laboriosa tarea que debe hacerle grande.

El hospital de San Juan de Dios es el mudo testigo de sus primeros trabajos; allí, en las altas horas de la noche como en las horas apacibles de la tarde, no obstante la fatiga, no obstante los desvelos, JIMENEZ cierra su alma á los encantos del mundo exterior, para concentrarlos en los arcanos de la ciencia. De sala en sala, de enfermo en enfermo, él va siempre en pos de la resolucion de un problema. Lañec es su guía, y él quiere hacerse digno de aquel grande hombre.

Ese primer ensayo de su voluntad es la señal de la lucha que debe proseguir toda su vida; ese bosquejo es una introduccion del cuadro de investigaciones que se ha trazado.
 Mirádle. ¿Quién no distingue en él al profundo conocedor de la fisionomía morbosa, al apreciador severo de los cambios de sér de la enfermedad, al sagaz adivinador de su enmascarada presencia?

Ha llegado la vez de aprovechar los elementos de su imaginacion creadora. Él inventa, él modifica, él sanciona medios que hasta entónces no se oponian sino con duda á los progresos de la enfermedad.

Mirádle todavia: la voz del maestro, la doctrina del sabio, se hacen escuchar por una multitud, que acude ansiosa á beber en las fuentes de la experiencia. Cada axioma, cada conclusion, cada consejo, salidos de ese espíritu perseverante y venerable, son acogidos con la religiosa atencion de aquel grupo respetuoso: se difunden, se esparcen, crean nuevos espíritus investigadores; y, época tras época, van añadiendo una página más á la historia de su apostolado.

Mirádle más, y ese hombre. no es ya un hombre.

Ese hombre. es un ángel. un recuerdo. la trasparente proyeccion de un sueño, condensándose en los marchitos relieves de un cadáver.

Hay palabras que los labios no se atreven á proferir sino á los oídos de un muerto; hay expansiones, que el alma estremecida no deja escapar sino en las soledades de la tumba. Porque en el lenguaje del agradeci

miento, solo forman las frases de un elogio, último y triste privilegio de la vida del sabio.

Yo vierto esas palabras como la ofrenda de mi ternura, y en nombre de unos cuantos discípulos que vienen á colocar á los piés del maestro la corona de su gratitud.

Ellas contienen un adios y un voto; lazo de union que nos estrechará cada vez más con el santo recuerdo de JIMENEZ.

No permitamos, Señores, que su memoria se borre en nuestra vida. Quizá muy pronto preguntaréis ¿qué haremos? al sentir el doloroso vacío de su ausencia.

Y entónces una voz, la voz de ese hombre, última vibracion desprendida de sus labios, contestará rompiendo el silencio imposible de la tumba:

«Orar, orar: tal es vuestra mision.»

«Un lecho en donde el hombre gime bajo el dolor intenso de la enfermedad: hé ahí el santuario.»

«El sacrificio de todos los instantes de vuestra vida para dulcificar ese dolor: hé ahí la oracion.»

«Orad puesta la mano sobre el libro de vuestra experiencia; prosternáos ante lo desconocido de la naturaleza, para pedirle que se deje penetrar por un rayo siquiera de la luz del sabio. Y despues de este santo trabajo, repartid por todas partes la solicitud abnegada de vuestro sacerdocio.»

«Profesais una religion ante la cual caen de rodillas todos, sin distincion, los miembros de la familia humana.»

«Porque esa religion, universal y santa, graba en el corazon de sus adeptos el amor á la desgracia.»

«Porque calma la angustia de los que sufren.»

«Porque mitiga la tribulacion de los que lloran.»

M. ROCHA.